

EL JUBILEO

DE

SU SANTIDAD LEON XIII.

---

PASTORAL

QUE EL

EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE OVIEDO

DIRIGE Á SUS DIOCESANOS

Á SU REGRESO DE LA PEREGRINACIÓN

A ROMA.

---

---



OVIEDO

IMPRESA DE VALLINA Y COMPAÑIA

1888

A. 1888/204024



---

NOS EL DR. D. FR. RAMÓN MARTINEZ VIGIL,

DE LA ORDEN DE PREDICADORES, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OVIEDO, PRELADO DOMÉSTICO DE S. S., ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, CONDE DE NOREÑA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, NOBLE ROMANO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

Venerables hermanos é hijos en nuestro Señor Jesucristo: Hemos realizado felizmente el pensamiento de nuestra peregrinación á la Ciudad Eterna, para hacer confesión pública de nuestra fé cristiana ante los sagrados restos de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y á los piés de la augusta persona de León XIII, Vicario de Dios sobre la tierra, que celebraba con pompa inusitada el Jubileo de su ordenación sacerdotal. Hemos dado cuenta de la administración espiritual, que pesa sobre nuestros

hombros, flacos en extremo, y expuesto en detallada y verídica relación el estado de esta Diócesis de Oviedo, tan ilustre por la fé y piedad de sus hijos como esclarecida por los timbres históricos que la enaltecen. Hemos tenido el consuelo inefable de ofrecer á Su Santidad el óbolo de amor filial de nuestros diocesanos, y de presentarle la porción selecta de esta grey, que tuvo la dicha de compartir con Nós las fatigas y las satisfacciones del viaje. Hemos asistido y tomado parte en la solemnísimá misa jubilar, en el Consistorio semi-público y en la ceremonia incomparable de la canonización de diez siervos de Jesucristo, los siete fundadores de la Orden de Servitas, y tres alumnos de la ínclita Compañía de Jesús, que son una prueba mas de la fecundidad inagotable de la Iglesia, que en todo tiempo produce santos. Finalmente hemos puesto en manos del Padre Santo el Mensaje de adhesión, que iba suscrito por más de cuatrocientas mil personas de la Diócesis, cuyo gobierno nos ha confiado el Señor, y otro firmado por los alumnos de nuestra Universidad, á los cuales respondió Su Santidad, enviando su bendición apostólica y paternal al Obispo, al Cabildo Catedral y Colegial, al Clero secular y regular, á la Junta del Jubileo, á los estudiantes universitarios, á las Asociaciones piadosas y á todos los fieles de esta Diócesis.—Recibid, amados hijos nuestros, con el corazón henchido de gratitud, esa bendición pon-

tificia, que como bendición del más augusto de los padres debe alentar nuestro progreso en el camino del cielo.

Terminado con toda dicha ese suspirado viaje y rodeados nuevamente de nuestros hijos en Cristo, de quienes no hemos separado el pensamiento un solo instante, réstanos pagaros una deuda de gratitud y de amor.

Primero agradeciéndoos la cariñosa despedida y la recepción entusiasta con que habéis manifestado que os adheríais por completo á nuestro pensamiento y nos acompañábais en espíritu. Y no esperaban otra cosa cuantos conocen vuestros nobles sentimientos y vuestras arraigadas convicciones. El acontecimiento memorable que motivó nuestro viaje ha fundido en uno solo el pensamiento de cuantos se interesan por el público bienestar y por la felicidad de los pueblos. Clero y pueblo, soberanos y súbditos, sábios y literatos, propietarios y artesanos, monárquicos y republicanos, cristianos é infieles, cuantos en una palabra buscan la verdad y tienen el sentimiento de lo bello, han caído de hinojos á los piés de ese Venerable Anciano, sucesor del Pescador de Galilea, y personificación augusta del ideal de la humanidad. Y si tanto hacen, los que solamente obedecen al instinto de la conservación social, ó se sienten subyugados por esa figura incomparable, superior á todos los contratiempos, é inflexible ante todas las opresiones ¿qué no de-

bíamos esperar de nuestro pueblo católico, que, gracias al dón sacratísimo de la fé, conoce la fuerza secreta del Pontificado, cuya firmeza, comparada con las apostasías de nuestro siglo, es un enigma indescifrable para las luces de la razón? Habéis honrado dignamente al Papa y os habéis glorificado á vosotros mismos, amados hermanos é hijos nuestros; porque el Papa es vuestro padre, y no hay gloria más pura para los hijos que la reflejada sobre ellos por el nombre immaculado de un padre (1). Habéis dado á la verdad testimonio público de adhesión, y la verdad os librará de todas las miserias del tiempo y de la eternidad. (2).

Asi recordada, aunque no pagada, la deuda de gratitud que con vosotros hemos contraído, sentimos aun la necesidad de abrir ante vosotros nuestro corazón, para que leais en él la impresión que nos ha causado la fiesta jubilar.

## II.

El primer día del año 1888 será á no dudarlo, una fecha memorable en la historia de los pueblos. ¿Qué puede compararse al espectáculo sublime y encantador de tantos millares de fieles, que acuden de todas las partes del mundo para agruparse en torno de su amantísimo Padre? Y la figura indescriptible del Soberano Pontífice, que aparece como una visión preter-

---

(1) Gloria filiorum patres eorum. Prov. XVII, 6.

(2) Veritas liberabit vos Joan. VIII, 32

natural, aplaudida, aclamada, venerada, en cuantas lenguas se hablan sobre la tierra..... El Vicario de Jesucristo ora y derrama lágrimas encendidas por la caridad más ardiente; lágrimas que caen silenciosamente al rededor de la Víctima divina, que á su voz bajó al altar para ser inmolada incruentamente por toda la humanidad. Y después de haber recibido el osculo del Divino Maestro, en ese misterio de amor, que los ángeles envidian á los hombres, León XIII, se coloca en frente de la estatua del Pescador de Galilea, del primero de los Papas,—que como él y por la misma causa fué prisionero del Soberano de Roma—y desde allí bendice á sesenta millares de hombres, que caen de rodillas en su presencia, y que representan la fé y la adhesión de millones de católicos, á ellos unidos en espíritu. No busqueis en tan numeroso concurso un solo ojo que no esté convertido en fuente de lágrimas, ni un solo cuerpo que no experimente desconocido estremecimiento. Al salir de San Pedro, enagenados y hasta anonadados ante el espectáculo de una fiesta sin igual, todos sabíamos lo que es un extasis, y casi casi lo que es el cielo.

El entusiasmo fué general sin distinción de católicos y disidentes. Preguntad á cualquiera de los últimos, que allí encontramos en gran número, ¿quién es mayor á sus ojos, el Prisionero del Vaticano, que no dispone de un soldado, ó el Rey de Italia que manda un nume-

roso ejército y una flamante escuadra, y destruye la ciudad de los Papas para levantar una capital sobre sus ruinas? Todos rinden homenaje al vencido, porque éste y no el vencedor, representa para los pueblos la aurora de lo porvenir. Todos ven que en Roma coexisten dos razas; la del vencido que espera, la del vencedor que manda, y todos á porfía simpatizan con el vencido, y dicen, como Pompeyo, que es el nuevo sol que se levanta. No creais, hermanos é hijos nuestros, que sean estas apreciaciones hijas exclusivas de nuestro afecto filial y frutos del corazón: las hemos visto consignadas en publicaciones que nada tienen de cristianas. «¿Qué gesto tan singular—preguntaba un periódico radical de la vecina república—habrá puesto el carcelero del Papado ante el grandioso espectáculo y las gloriosas escenas de que fueron teatro el Vaticano y la iglesia de San Pedro? Mientras que el rey estaba solitario en el palacio del Quirinal, y de todo el mundo olvidado, su víctima desgraciada, colmada de dones, rodeada de representantes de todas las potencias, y aclamada por una muchedumbre inmensa, celebraba su propio triunfo y el triunfo de la Iglesia. De donde se desprende una gran verdad, puesta de relieve por las fiestas del Jubileo de León XIII: que como el Papado pertenece al mundo católico, así Roma debe pertenecer al Papado; y que si el Papado ha de continuar en Roma, es preciso que sea



absolutamente independiente. Los veinte mil italianos que asistieron el día 5 á la segunda misa jubilar del Papa, y muchísimos millares mas que hoy firman la petición al Parlamento para obtener la independencia del Soberano Pontífice, desmienten la audacia de Crispi, y le niegan todo derecho para afirmar que la Italia esté con el Rey y contra el Papa.» Hasta aquí el periódico citado, que sigue aún ponderando la necesidad de una solución inmediata á éste problema internacional, y lamentándose, con la autoridad de estadistas de todas las naciones, de la obcecación de Italia, que no conoce sus intereses interiores, que se compromete exteriormente en empresas temerarias, y que no sabe arrepentirse.

Tales son en síntesis las impresiones que hemos recibido en Roma: una aureola refulgente de gloria que orla la frente del Pontífice, aclamado por propios y extraños la luz del mundo y la esperanza de los pueblos; y una convicción universal de que la grandiosa manifestación lle vada á feliz término en Roma, ha sido el último llamamiento hecho en nombre de la justicia hollada, á la conciencia y á la inteligencia de los que disponen de los destinos temporales de Italia, y que pronunciado por el jurado de todos los pueblos el veredicto favorable al Papado, si la reparación no se adelanta, la fuerza le abrirá el camino.

Providencial es á todas luces esa reacción

luminosa que se presenta por todas partes, como la última esperanza que ha de poner fin á tantos infortunios; y sin olvidar que en esto, como en cuanto se refiere á la conservación de la Iglesia, la parte principalísima se debe á la promesa indeficiente de su Divino Fundador (1); séanos lícito recordar ligeramente los medios, aparentemente humanos, de que se ha servido León XIII para elevar á tanta altura la gloria del Pontificado, y atraer hácia su sagrada persona las miradas de todos los pensadores, en un reinado corto, relativamente al de su predecesor, glorioso además por tantos títulos.

### III.

El Sumo Pontífice León XIII, apenas elevado á la cátedra de San Pedro, en la encíclica *Inscrutabili*, dada en 21 de Abril de 1878, trazó en magnífico lenguaje el programa de su magisterio sublime. Cuantos actos doctrinales, políticos y administrativos han posteriormente ilustrado, dirigido y consolado al mundo cristiano se hallan como en germen en aquel documento admirable, ampliado poco después en la carta al cardenal Nina, y recientemente confirmado en otro escrito magistral dirigido al cardenal Rampolla. Es preocupación soberana en el Pontífice reinante la de promover la sa-

---

(1) Portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Matth. XVI, 18. Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus. Matth. XXVIII, 20.

lud de la sociedad moderna por medio de la religión; reparando los males causados á la Iglesia por la revolución y la impiedad, desenvolviendo la influencia del catolicismo, haciendo comprender y amar sus beneficios á los príncipes y á los pueblos y restableciendo la paz y la concordia en las inteligencias y en los corazones.

No hemos de recordar aquí la estupefacción y algo más que causó en ciertos espíritus estrechos y aferrados en su sentir este programa del Vicario de Jesucristo, por ser más caritativo y más útil el exámen de los medios empleados y de los resultados obtenidos.

Atendió el Sumo Pontífice ante todo á utilizar las fuerzas vivas todas de la Iglesia, disciplinándolas para hacerlas más eficaces y poniéndolas en armonía con la acción que á cada una corresponde. De ahí su horror á las divisiones entre los católicos, y su insistencia en recordar, que, según institución divina, el gobierno de la sociedad cristiana pertenece á los pastores, que los laicos y los sacerdotes están obligados á seguir la dirección de sus obispos, y que todos los fieles, laicos, sacerdotes y obispos, tanto en la doctrina como en las obras, deben estar unidos al Papa, que dirige los destinos de la Iglesia. Advertencias gravísimas, que León XIII no se cansa de inculcar y de repetir en su primera encíclica, en las que más tarde dirigió á los obispos de Francia, España y Portugal, en

sus cartas al arzobispo de Colonia, 12 de Febrero de 1880, al cardenal Guibert, 17 de Junio de 1885, y en cuantas ocasiones dirige su autorizada palabra á fieles ó á pastores, lamentándose no pocas veces de los males que causa el olvido ó menosprecio de tan rudimentarios deberes.

Asentada esa premisa indispensable, la acción de la Iglesia ha de dirigirse especialmente á las inteligencias. Aquí está el origen del mal, y aquí ha de aplicarse el remedio sin descanso. Es condición indispensable para obtener la salud, que el mundo vuelva sus ojos á las verdades del Evangelio y á los principios de orden, deplorablemente abandonados ó menospreciados; y los campeones de la verdad, si han de trabajar con éxito en esta obra tan difícil como grandiosa, deben manejar diestramente cuatro instrumentos de absoluta necesidad en nuestros días. Son éstos, la filosofía, la historia, las ciencias naturales y la literatura. La filosofía, porque es la base que sustenta los principios cristianos, y dilata la fuerza comprensiva de las inteligencias; la historia, porque expone los títulos gloriosos del cristianismo, de la Iglesia y del Pontificado, y es el testigo irrecusable de su influencia benéfica; las ciencias naturales, porque á causa de los numerosos puntos de contacto que tienen con el dogma y la moral, pueden, según el espíritu que preside á su cultivo, servir de apoyo á la religión, ó suscitar contra

ella preocupaciones lamentables; y finalmente las letras humanas, para que la verdad se engañase con sus seductores y hasta necesarios encantos. Por eso fué una de las primeras medidas adoptadas por León XIII la de colocar al Angel de las Escuelas sobre el pedestal de honor que le habían levantado los siglos, y ordenar que la enseñanza de la filosofía de Sto. Tomás se restableciese en los seminarios, universidades y academias. Para el progreso de los conocimientos históricos, tan falseados por la pseudo crítica del último siglo, el Sumo Pontífice abrió de par en par las puertas de los ricos archivos del Vaticano y estimuló la publicación de los monumentos de la antigüedad, oportunamente utilizados en obras de controversia moderna. Su Santidad fomenta el estudio de las ciencias naturales, y la formación de las colecciones y laboratorios indispensables al cultivo de esta rama importante de los humanos conocimientos; y al propio tiempo desea y ordena que el clero perfeccione su gusto literario con el estudio y la imitación de la literatura clásica. Merced á estas disposiciones acertadísimas, que poco á poco van encarnándose en los cuerpos docentes, la Iglesia incuba una pléyade de hábiles y expertos defensores, que harán bendecir eternamente el nombre del Pontífice de la encíclica *Æterni Patris*, y de las cartas á las cardenales Parocchi, De Luca, Pitra y Hergenroether.

IV.

No basta sin embargo obrar sobre las inteligencias, y el Pontífice Romano al infiltrar en la sociedad moderna los principios cristianos, aspira además á atraerla á la práctica de las virtudes evangélicas. Poderosos obstáculos salen al encuentro de esta gigantesca empresa y especiales serán los medios que se utilicen para combatirlos, pues la verdad cristiana no ha menester de luchar tanto contra la obscuridad de sus dogmas, como contra las concupiscencias de la naturaleza viciada, refractaria á todo principio que imponga algun sacrificio. Proceden los obstáculos especialmente del socialismo y de la francmasonería, sectas que son un padrón de ignominia en este siglo tan decantado por sus progresos, que fomentan los apetitos de la carne, y contra las cuales el Soberano Pontífice ha sabido dirigir tiros certeros, que sembraron el espanto en el campo del error. Desenmascaradas sus tendencias, refutadas sus doctrinas, y condenadas sus extravagancias, Su Santidad exhorta á todos los católicos á estrechar sus filas y á oponerse con vigor á su funesta propaganda. Pasa en seguida á señalarnos las armas de esta cruzada, en la cual pueden y deben alistarse todos los hijos de la Iglesia: los institutos religiosos, protegidos y restaurados por el Vicario de Jesucristo; las asociaciones piadosas, recomendando particularmente la Tercera

Orden de San Francisco; los gremios, círculos y corporaciones de obreros católicos; las escuelas que con tanto afán erige; y por encima de todo el patrocinio de María Santísima, destructora de todas las herejías y la devoción del Rosario, del cual es León XIII el campeón y el apóstol más decidido.

Lo veis, hermanos é hijos muy amados, la Iglesia, por las verdades que enseña y por las virtudes que inspira, es la madre de la verdadera civilización. León XIII se esfuerza en recordar al mundo esta verdad palmaria, y para que la comprenda y la acepte, se la presenta acompañada de sólidos raciocinios y de consideraciones tan altas, que el ánimo siéntese subyugado por la evidencia de las pruebas; y en sus discursos, y en sus cartas y en sus encíclicas el anciano del Vaticano insiste una y muchas veces en esta idea capital. Ved con qué alteza de miras y con qué seguridad de juicio expone en su majestuosa grandeza y en su unidad armónica el plan completo de las instituciones, que según la voluntad de Dios, conducen al hombre hácia el fin apetecido: en la base, el matrimonio con su carácter religioso y la familia con los derechos y los deberes de sus miembros; luego la sociedad civil, y el poder público, que siempre es sagrado, cualquiera que sea la forma puramente exterior que tome y á pesar de la desigualdad de las condiciones sociales, inevitable en la sustancia y suavizada en sus as-

perezas por las virtudes de los ciudadanos; y en la cima de estas dos instituciones la Iglesia, encargada de encaminar á sus hijos hácia la felicidad del cielo, y manantial fecundo de su felicidad terrena.

Contrastando con el plan grandioso del edificio cristiano expone el Romano Pontífice el concepto social de la herejía y del racionalismo moderno, señalando su inanidad y acentuando sus peligros. Corona hermosísima de esta exposición magnífica es la evocación que hace León XIII de los hechos más culminantes de la historia: el antiguo esplendor de las Iglesias orientales; las magnificencias de la Europa de la edad media; los esplendores de Italia; el poder maravilloso de Portugal; las glorias de la España Católica; los hechos ilustres de la Francia Cristiana; y las victorias del Pontificado y del imperio sobre el Islamismo; y por otra parte las desgracias que han caído sobre los pueblos desde que estos se han rebelado contra la Iglesia y dejándose invadir por la impiedad.

## V.

Convencido el Papa de que solo la religión posee el remedio de los males que sufre el mundo moderno, no ha cesado, desde el principio de su Pontificado, de ofrecer solemnemente á cuantos rigen los destinos de los pueblos el concurso de la Iglesia y su indispensable cooperación en beneficio de la sociedad; con-



jurándolos al propio tiempo á que acepten su ofrecimiento. Aún más, ha manifestado con hechos de trascendental importancia, cuán grande sea su deseo de coadyuvar á la acción legítima de los poderes públicos; y á los pueblos desgarrados por ódios sociales é impacientes de todo yugo, predica la paz y la concordia y les recuerda el respeto debido á la autoridad, y recomienda á los obispos del mundo entero que inculquen profundamente á los fieles de sus diócesis respectivas los principios cristianos acerca de la obediencia que se debe al poder legítimo. No contento el Padre Santo con esa predicación general, ha llegado á retener como con la mano á naciones enteras, que en medio de febriles conmociones políticas, corrían el riesgo de traspasar los límites de la equidad y la justicia, en la misma reivindicación de sus legítimas libertades.

Mas la Iglesia ha menester de libertad para el desarrollo completo de su influencia; y esta libertad, necesaria en todas partes, lo es más aún en la sede de su autoridad suprema. ¡Cuán solícito se presenta León XIII do quier amenaza un peligro á esta libertad codiciada! ¡Con qué insistencia procura desembarazarla de toda traba! ¡Con qué perseverancia trabaja por implantarla donde ha sido en absoluto abolida! Leed, hermanos é hijos nuestros, sus encíclicas á los obispos de Alemania, Francia, Hungría y Portugal, y os convenceréis de que no es posi-

ble aliar mejor la firmeza, la moderación y la razón.

La libertad personal del Romano Pontífice y la soberanía temporal que es su condición inseparable, han sido objeto constante de especial reivindicación por parte de León XIII. En los albores mismos de su pontificado renovó las protestas de su invencible predecesor; poco después, en la audiencia otorgada á una diputación de publicistas católicos de todo el mundo, les asignó como tarea especial de sus lucubraciones la de afirmar y defender los derechos de los Pontífices sobre Roma; ora recomienda á los italianos que recurran á todos los medios lícitos para asegurar al Papa su independencia; ora utiliza la perpetración de cualquier atentado de que es víctima, para recordar al mundo las dificultades insoportables de su situación: y ya finalmente resume esas protestas y esas reivindicaciones en un documento inmortal, que es la exposición definitiva, doctrinal, histórica y política de los derechos del Supremo Pontificado.

## VI.

Veamos ahora, hermanos é hijos muy amados, el resultado de diez años de incesante apostolado, para explicarnos de alguna manera el éxito sorprendente de las fiestas del Jubileo, y la gloria esplendorosa que circuye la frente del Anciano del Vaticano.

Es indudable, que ni la impiedad ha sido desarmada, ni las sectas fueron vencidas, ni el mundo se ha hecho católico, ni ha salido el Papa del poder de sus enemigos. Pero ¿quién no ve, que la unión dentro de la Iglesia es más perfecta; que divisiones inveteradas se van desvaneciendo; que estudios profundos y sólidos se establecen; y que surgen por doquier obras nuevas que responden admirablemente á necesidades sentidas? Mientras tanto, en las comuniones cristianas, separadas hace tiempo de su Santa Madre la Iglesia, fermenta un germen de aproximación al Pontificado Romano, que hace concebir halagüeñas esperanzas para un porvenir no lejano, y se ha dado nuevo impulso á la difusión del Evangelio. Hanse orillado grandes y antiguas dificultades; se ha restablecido la paz religiosa en un grande imperio; se han ultimado concordatos importantes; y la autoridad pacificadora del Sumo Pontífice ha sido nuevamente invocada por monarcas poderosos. Ved por qué el gran Sacerdote, que celebra el jubileo de su ordenación, se ve en nuestros días, más que ningun otro pontífice, convertido en esperanza de los estados, y en objeto de las más tiernas efusiones de los pueblos y de los homenajes respetuosos de los príncipes. No hay mas que una nota discordante en este concierto universal de alabanzas; la triste figura del rey de Italia.

VII.

Aquí teneis, venerables hermanos é hijos muy amados, toscamente bosquejado el Pontificado de León XIII. Con intenciones que no juzgamos, se ha pretendido atribuirle sentimientos opuestos á los de su santo predecesor. Sin desconocer las diferencias que nacen de los caractéres, y las que imponen las circunstancias, vemos por el contrario, la armonía más completa éntre los dos pontificados, y nos place compararlos, como una prueba más de la acción del mismo Espíritu que asiste constantemente á la Iglesia de Dios.

Si León XIII promovió eficazmente el estudio de la filosofía cristiana, Pío IX había bendecido y alentado á los primeros restauradores de la escolástica, y condenado la temeridad de los que afirmaban, que el método de Santo Tomás de Aquino no era adaptado á nuestros tiempos. Si somos deudores á León XIII de la más completa y luminosa explicación de las verdades cristianas referentes al órden político y social, debemos á Pío IX la condenación de los errores opuestos. León XIII puso á disposicion de los eruditos los archivos del Vaticano é impulsó poderosamente los estudios de la erudición superior eclesiástica; Pío IX había favorecido y estimulado la exploración de las Catacumbas y las investigaciones

de la arqueología cristiana, hasta el punto de ser apellidado un segundo Dámaso. León XIII fomenta el estudio de las ciencias naturales; Pío IX fué el protector y el Mecenas del P. Secchi. Uno y otro Papa fundaron en Roma academias, establecieron colegios para seminaristas de naciones extranjeras, é inspiraron y secundaron en todas partes la erección de escuelas y de universidades católicas.

El mismo celo ardiente por el culto de la Virgen en León XIII que en Pío IX; el uno es el papa del Rosario, el otro fué el de la Virgen Inmaculada; el mismo interés en fomentar las asociaciones piadosas y las manifestaciones todas de la piedad católica; las mismas preocupaciones respecto á la cuestión social; la misma solitud en difundir el cristianismo por todo el mundo y en afirmar la unidad católica. Para concluir: solázase hoy León XIII con las peregrinaciones jubilares y los desconocidos esplendores de la Exposición Vaticana, como vió en su tiempo Pío IX las grandes reuniones de la definición de la Concepción Inmaculada, de la canonización de los mártires de Japón, del centenario de los Santos Apóstoles y del Concilio Vaticano.

¡Plegue á la Divina Providencia prolongar el pontificado de León XIII, como prolongó el de Pío IX! ¡Dígnese además concederle, lo que no concedió al último: el consuelo de recoger los frutos de sus trabajos, y la satisfac-

ción de ver el fin de las pruebas que hace tanto tiempo afligen á la Iglesia y á la Santa Sede! Mientras tanto nosotros, hijos nuestros muy queridos, afirmados una vez más en la divinidad de la religión que profesamos y de las esperanzas que nos alientan, bendigamos al Señor, que así consuela y mitiga las tribulaciones del destierro. Gloriémonos en nuestra fé, triunfadora de todos los errores, y en la cruz de Jesucristo, en la que está cifrada la vida, la salud y la resurrección del hombre. Manifiestemos nuestro entusiasmo por la Iglesia y por el Papa, no con exclamaciones estériles y engañosas, sino por la profesión de una fé viva, que en tanto lo es, en cuanto se traduce en obras de caridad hácia Dios y hácia los hombres: *Fides quæ per caritatem operatur*. Gloriémonos de pertenecer á la Iglesia militante, participando de su martirio, de su abnegación, de sus trabajos; de revestirnos de la humildad, de la penitencia y de la castidad de Jesucristo, para que despues seamos participantes de sus glorias, y adscritos para siempre entre los santos de la Iglesia triunfante. Estos votos hacemos diariamente por todos vosotros al cielo, por la mediación del Redentor, de su Madre Inmaculada y de los Santos, é imploramos además en este día la bendición de Dios nuestro Señor sobre vuestras almas, en el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo. Amen.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de

Oviedo, á 2 de Febrero de 1888, festividad de  
la Purificación de nuestra Señora.

✠ Fr. RAMÓN, *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I. y Rvma.,  
el Obispo mi Señor,  
*Lic. Jacinto A. Obin,*  
Canónigo-Secretario.



